

N.º 19 enero 2025

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ARTÍCULOS

Nieves García Prados

LA ÉPOCA DORADA DE LA POESÍA
ESCRITA POR MUJERES EN LOS
ESTADOS UNIDOS: SARA TEASDALE,
MARGARET WIDDEMER, EDNA ST.
VINCET MILLAY Y AMY LOWELL

ESTUDIOS

José Antonio Olmedo López-Amor

EL HAIKU COMO ELEMENTO
CULTURAL EN PROCESO DE
TRANSCULTURACIÓN: HISTORIA
Y PRECEPTIVA JAPONESA

Salma Moutaouakkil Moutaouakkil

LA LENTITUD Y LA ESPERA FRENTE
AL VÉRTIGO Y LA PRISA EN LA POESÍA
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ÍNDICE

Págs.

[ARTÍCULOS]

Nieves García Prados

LA ÉPOCA DORADA DE LA POESÍA
ESCRITA POR MUJERES EN LOS ESTADOS
UNIDOS: SARA TEASDALE, MARGARET
WIDDEMER, EDNA ST. VINCET
MILLAY Y AMY LOWELL 5

Antonio Sánchez Román
y Carlos Sainz Fernández

HACIA UN PRINCIPIO DE GRATUIDAD:
UNA COMPARATIVA ENTRE POÉTICA
Y CUÁNTICA 23

[ESTUDIOS]

José Antonio Olmedo López-Amor

EL HAIKU COMO ELEMENTO CULTURAL
EN PROCESO DE TRANSCULTURACIÓN:
HISTORIA Y PRECEPTIVA JAPONESA 41

Salma Moutaouakkil Moutaouakkil

LA LENTITUD Y LA ESPERA FRENTE
AL VÉRTIGO Y LA PRISA EN LA POESÍA
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA 73

Aristeo Copas Ramos

CONSTELACIONES: PROPUESTA
METODOLÓGICA PARA LA
ACTUALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS
HISTORIOGRÁFICOS EN POESÍA
MEXICANA 103

Rogelio Rosado Marrero

ESTRATEGIAS DE APROPIACIÓN
Y RESIGNIFICACIÓN POÉTICA
EN LA OBRA TEMPRANA
DE CLEMENTE PADÍN 129

[POEMAS]

SARA TEASDALE, MARGARET
WIDDEMER, EDNA ST. VINCENT
MILLAY Y AMY LOWELL 157

[ENTREVISTA]

Fernando Valverde
ENTREVISTA
A FEDERICO DÍAZ-GRANADOS 165

Normas de publicación/
Publication guidelines 175

Equipo de evaluadores 2023-2025 183

Orden de suscripción 185

[ENTREVISTA]



Fotografía: Federico Díaz-Granados.

ENTREVISTA A FEDERICO DÍAZ-GRANADOS

—
Por Fernando Valverde
Universidad de Virginia (EE. UU.)
—

«La poesía es el lugar donde permanece la memoria humana»

Federico Díaz-Granados (Bogotá, 1971) se ha convertido en un poeta de referencia para la literatura en lengua española. En 2024, los lectores y la crítica han celebrado la publicación de su nuevo libro, *Grietas de la luz*, publicado por Fondo de Cultura Económica. Díaz-Granados, que creció en los brazos de la literatura gracias a su padre, el poeta José Luis Díaz-Granados, y a su tío segundo, el narrador Gabriel García Márquez, ha sabido construir una carrera literaria con la paciencia que exige sentirse parte de una estirpe condenada a buscar entre las ruinas de la felicidad el sentido del dolor. En *Grietas de la luz* la memoria se convierte en el paraíso perdido, en un territorio que se disuelve y se precipita como si la gravedad fuera la única fuerza posible. La caída de sus dos abuelas en el pantano del Alzheimer es el origen de un libro desgarrador, que supone un retorno a las poéticas románticas y que puede leerse como un poema dramático, en el que las voces se sobreponen y complementan.

Haber tomado conciencia de que la poesía es el único lugar posible donde cabe la memoria humana no solo tiene connotaciones humanistas, es también una defensa emocional de la fragilidad y de la orfandad.

En *Grietas de la luz*, ¿cómo se convierte la fragilidad de la memoria en una forma de resistencia poética?

En *Grietas de la luz*, la memoria no solo es un acto de recordar, sino que se convierte en un territorio en disputa con el olvido y la pérdida. Es allí, en medio de esa disputa, donde las grietas que produce el paso del tiempo y el deterioro se convierten en refugio y puerto seguro. La poesía es el lugar donde permanece la memoria humana desde que tenemos noticias de que existimos sobre la tierra y tiene el poder de restituir a través de las palabras los hechos y las cosas perdidas. Lo que tiempo fragmenta la poesía lo restaura y dignifica y llena de belleza. Por eso, de alguna forma, en este libro todo ese mundo quebrado se reconstruye gracias a las palabras y esa fragilidad, que nos recuerda también que somos un saco de emociones y palpitos, y confirmar que la poesía tiene ese pegamento que puede darle un orden a las astillas de una porcelana rota. Por eso en medio del precipicio del olvido las palabras permiten que algunos episodios y emociones se preserven en la memoria.

El libro está dividido en dos partes: *Un largo adiós* y *La última orfandad*. ¿Qué entrañan estos dos capítulos y cómo estructuran su voz poética?

Un largo adiós y *La última orfandad* encierran, cada uno a su manera, una narrativa emocional que va desde el duelo y la pérdida hasta la plena conciencia de los objetos de la casa, las orfandades y los símbolos de esa geografía de la infancia. En la primera parte se entremezclan las voces de mis dos abuelas que padecieron de Alzheimer y que todavía conservan en algunos versos algunas palabras que no se van hacia el olvido. Por momentos aparece la voz en off del nieto ya mayor que ve las escenas como un cuadro de costumbres o un bodegón familiar que se resquebraja. La segunda parte es la evidencia del mundo que se quebró en mil pedazos, de la casa que se derrumba ante la llegada del olvido y la pérdida

del lenguaje y de las palabras como una certeza de la orfandad, porque la orfandad de las palabras es la pérdida de uno mismo y de la identidad. Siento que en esas dos partes se estructura una búsqueda poética que a través de este y algunos poemas de mis anteriores libros busca regresar por un instante a aquella inocencia de la infancia y a ese reconocimiento de la casa como primer y definitivo territorio del asombro y la maravilla, pero que también es escenario de los derrumbes que confrontaron para siempre mi fragilidad.

En varias entrevistas mencionas el concepto de «lengua abuela». ¿Podrías profundizar en cómo este concepto influyó la poética del libro?

Yo era consciente de que la pérdida de las palabras en mis abuelas era una forma nítida de la orfandad porque además se trataba de que se apagaron las palabras y se perdió el lenguaje en dos abuelas que fueron totalmente orales, contadoras de cuentos y quienes desde sus voces conservaban los mitos familiares y los relatos de entrecasa. Fue conversando con la poeta argentina Katya Vázquez Schröder, quien vino a Bogotá a participar del congreso LASA con una ponencia sobre la memoria y las abuelas en la poesía latinoamericana, cuando me quedó claro que más que la lengua materna lo que había perdido con el Alzheimer de mis abuelas era la «lengua abuela» además porque la lengua que hablo y escribo viene directamente de ellas. Fui criado por las abuelas y las tías abuelas porque mi madre era una mujer que buscaba ser moderna y autónoma en los años 70 que había elegido trabajar y estudiar para lograr su independencia. Entonces mi conexión con el idioma fue inicialmente con las palabras que aprendí de ellas, con sus inflexiones y significados y los primeros relatos que me conectaron con un mundo de historias y memorias través de lo que yo escuchaba de ellas en sus conversaciones de comedor y cocina. No es solo el idioma de esas historias que se contaban, sino que se trataba también de una lengua que cargaba consigo las emociones y la

conexión con la genealogía y las raíces. Por eso quise honrar esta lengua que no solo era hablada; era vivida, recordada y, a veces, olvidada. Cuando García Márquez, después de más de quince años de buscar la forma de narrar esa historia que él ya tenía en su cabeza y que empezaba a insinuar en su primera novela *La hojarasca*, está viajando hacia Acapulco con Mercedes y sus hijos debe girar el auto y regresar porque se había revelado el tono y la voz con la que iba a narrar lo que sería *Cien años de soledad*. Ahí estaba la «lengua abuela». Lo que se reveló en esa epifanía de carretera fue la voz de Tranquilina Iguarán Cotes y supo que esa era la voz con la que iba a narrar su obra maestra. Grietas de la luz solo busca a través de esa lengua abuela, que persistan los ecos de un mundo que ya no es pero que llega con su luz intacta gracias a lo que la poesía puede resignificar.

¿Cómo influyó la figura de Margot Valdeblánquez Moreu, prima de Gabriel García Márquez, en la construcción de su identidad y de su vocación poética?

La abuela Margot era el magneto y el imán no solo de la familia sino de la casa, al igual que lo fue la abuela Lucy en la otra rama familiar. Ella era un personaje genuinamente macondiana. Era la prima hermana de Gabriel García Márquez y además su confidente y amiga. Él la llamaba «la memoria de la estirpe» porque siempre le consultaba sobre detalles y anécdotas de la vida familiar en Aracataca y la Guajira. Toda la correspondencia entre ellos se conserva en el archivo de Gabo que se encuentra en Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin. Su carácter era fuerte y tenía las virtudes y defectos de las mujeres de su época cuyas vidas giraron alrededor del mundo patriarcal bajo las normas masculinas. Sin embargo, ella estudio Bellas Artes en Bogotá en los años treinta cuando las mujeres debían estar en sus casas y gracias a eso, luego de enviudar, pudo sostener la casa dictando clases de arte en colegios públicos. Ella, adolescente, copiaba poemas modernistas y los ilustraba en cuadernos y por esa vía lle-

gó el amor a la poesía en la casa. Mi padre creció leyendo esos cuadernos ilustrados por ellas y escuchándola recitar de memoria poemas de Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo o José Santos Chocano. Su memoria fue el primer contacto de mi padre con la poesía quien a su vez me transmitió ese amor a mí ya con sus poetas tutelares como Pablo Neruda y Federico García Lorca en cuyo honor me bautizó con el nombre de Federico en la Iglesia de Santa Teresita de los padres carmelitas de Bogotá.

***Grietas de la luz* rescata palabras y escenas cotidianas. De igual forma lo cotidiano y conversacional siempre han sido tu registro poético más notorio. ¿Siente que allí reside definitivamente su voz poética?**

Siempre me he sentido más cercano y cómodo con el registro coloquial porque me permite resaltar de una forma más genuina los asuntos cotidianos, las anécdotas y las voces que escuchaba en la casa de la infancia. En mi caso percibo que comunico mejor a través de este registro y que conecto de una forma más rápida con los lectores. De alguna forma siento que con *Grietas de la luz* pude transformar un espacio cotidiano en un lugar de reflexión y trascendencia y a partir de palabras de la vida diaria y los detalles pequeños de la cotidianidad muchos lectores no necesariamente lectores convencionales de poesía pudieron vincularse de una forma más personal e íntima con los poemas. Siento que el camino es largo que y seguramente vendrán temas o necesidades personales que requieran otros vestidos y registros. La narrativa me llama mucho la atención. Pero por ahora, al menos desde la poesía, siento que lo conversacional me permite un lugar seguro y verdadero.

En uno de los versos del libro menciona que «la memoria está en los ojos». ¿Cómo dialoga la mirada con la palabra en tu obra?

La poesía de siempre parte primero que todo de una mirada, de una observación y de lo que la retina conserve. La mirada es el primer gesto de la poesía, la puerta por donde el mundo se trans-

forma en asombro. En ella reside la capacidad de detenerse y de ahí su estrecha cercanía con la fotografía: capturar instantes y perpetuar asombros. La poesía comienza en ese instante. Mirar es un acto de creación y quizás por eso es que la generosidad del poeta es dar a ver lo que los demás no ven. El poeta mira lo invisible y quizás por eso es muchos poetas invidentes tenían más luz en su forma de mirar desde el espíritu. De igual forma está claro que los ojos no solo ven, sino que también recuerdan; La poesía toma esta idea y la expande: mirar es también revivir, dar nueva luz a lo olvidado, cargar el presente con lo que fue. Si la mirada es el archivo de muchas emociones entonces la poesía nos recordará que también es una forma de la memoria.

¿Cómo surge la conexión entre la canción *Evermore* de Taylor Swift y el título de tu libro?

Siempre me he sentido cercano a la cultura popular y es por eso por lo que el cine, la televisión y la música siempre han tenido un lugar en lo que escribo. Por ejemplo, una antología de mi poesía lleva el título de una película alemana *Adiós a Lenin*. Cuando ya estaba en la idea de la grieta y de la luz como síntesis de lo que buscaba a partir de un verso de Rumi y de unas líneas de Leonard Cohen me encontré con las letras de Taylor Swift. Estaba compartiendo contigo en Charlottesville cuando estuve en la Universidad de Virginia como Distinguished Visiting Professor y por esos días conversábamos mucho sobre los poetas románticos ingleses a propósito de la biografía de Shelley que estabas escribiendo. Así que en medio de ese ánimo alrededor del romanticismo una amiga me dio a conocer la canción *The Lakes* en la que Taylor Swift celebra a los poetas románticos ingleses. Ahí quedé atrapado y un par de años después buscando unas relaciones entre la canción *Evermore* y Emily Dickinson encontré estos versos que fueron definitivos: «In the cracks of light (can we just get a pause)?». De igual forma hay un epígrafe de una canción de Pedro Guerra y por supuesto los reconocidos versos de Leonard Cohen.

Afirmas que la poesía es el último refugio de las palabras. ¿Qué responsabilidad sientes como poeta al preservar y renovar el lenguaje?

En la poesía, las palabras y el lenguaje encuentran un blindaje frente al desgaste. La vulgaridad de la sociedad contemporánea, la banalización de las redes sociales y la velocidad de las nuevas tecnologías han desgastado el lenguaje con una rapidez insospechada. Decía Brodsky que cuando uno lee poesía se vuelve más exigente frente a cualquier otro texto. Estoy de acuerdo con eso: Si leemos poesía en este tiempo nos volvemos más exigentes frente a la información que recibimos hoy. Si somos lectores de poesía no permitimos el paso de las noticias falsas o los discursos políticos demagógicos. Es un tiempo de crisis para la cultura y la información y la poesía nos permite una relación con las palabras para dignificarlas y llenarlas de sentidos y significados verdaderos y genuinos. Como poeta, siento una responsabilidad profunda de preservar el lenguaje, no solo como herramienta de comunicación, sino como un testimonio vivo de nuestra humanidad. Las palabras son portadoras de historia, emoción y experiencia. También preservarlo es renovarlo desafiando sus estructuras y expandiendo las posibilidades de habitarla para ponerla en diálogo con el habla y si se puede modificarla. Pero creo que más allá de todo lo mencionado es que si me siento con la responsabilidad de ponerle palabras a lo que no tiene voz. Ese continuar, de alguna forma, con el legado del árbol genealógico que he escogido, de mis autores, mis poetas, de los relatos que me han dado identidad y siento que es una tarea a la que debo ser leal porque como lo recordó Mark Strand, todo poema habla de los poemas que lo han precedido. Así, y más con un libro como *Grietas de la luz*, es traer de regreso las palabras que olvidaron mis abuelas y proyectarlas hacia el futuro para que sigan nombrado, imaginando y definiendo tantas cosas.

¿Cómo dialogan sus influencias con los poemas de este libro?

Las influencias siempre estarán presentes, directa o indirectamente, en lo que escribimos porque al final del día somos el resultado

de nuestras lecturas y lo que hemos absorbido de ellas. En *Grietas de la luz* está muy presente, por las razones que ya hemos mencionado, el mundo de García Márquez y la simbología de la casa como lugar de la fiesta y también del derrumbe. Pero en cada línea, verso o frase que escribo espero que siempre estén los guiños o gestos de mis dioses tutelares cuidándome como lo son Pablo Neruda, César Vallejo, Federico García Lorca, José Asunción Silva, entre tantos otros. Sin esos y otros tantos poetas, narradores y ensayistas, cantautores, cineastas y pintores además de lo que aprendo que mis amigos cercanos en cada conversación hacen parte de lo que las redes reconocerían como mi algoritmo entonces me sentiré tranquilo.

A 30 años de la publicación de *Las voces del fuego*, ¿cómo dialoga *Grietas de la luz* con toda su obra anterior y en qué aspectos se distingue o se aleja de ella en términos temáticos, estilísticos y emocionales?

Hace tres décadas publiqué mi primer libro y la verdad es que lo miro con cierta distancia y no me reconozco allí respecto a lo que soy hoy, pero me reconozco tanto en el Federico que era en ese momento. Siento que persisto en una fidelidad y lealtad a la poesía y miro con ternura al joven de entonces que buscaba a tropiezos su propia voz y su manera personal de mirar las cosas. No era fácil teniendo un padre poeta en casa y teniendo muy cerca a maestros inolvidables como Mario Rivero, María Mercedes Carranza, Giovanni Quessep, Juan Gustavo Cobo Borda, Héctor Rojas Herazo entre otros. Tenía que cometer un parricidio colectivo y no era sencillo. Fue difícil abrirse camino entre las propias inseguridades. Insisto en que me desconozco en la mayoría de esos poemas, pero puedo ver allí las primeras semillas de lo que vendría después respecto a la infancia, la casa y la memoria. De aquellas urgencias y obsesiones de los noventa ya llega un tiempo de sosiego y de más contemplación. Este tiempo es más reflexivo frente a mis preocupaciones del mundo y las emociones. En *Las*

voces del fuego había la necesidad de conectarse con un mundo exterior y de apropiarme del entorno, Grietas de la luz, luego de cinco libros de poemas de por medio vuelve la mirada hacia adentro. Ha sido una jornada maravillosa que me ha dejado entrañables amigos y momentos. Solo puedo estar agradecido con el arrojo que tuve en ese momento para atreverme a publicar y insistir en la poesía. Treinta años después hay una reafirmación de principios y una infinita gratitud a lo que me ha dejado este camino difícil, a veces imposible, de la poesía que ha valido la pena para ratificar que es ella la más nítida forma de la amistad. La poesía es el estado superior de los afectos y de nuestra moneda de cambio para hacer parte de una comunidad como lo es el lenguaje.